

F1173

EL TRADICIONISTA.

CATOLICOS LIBERALES.

[De la Revista Católica de Santiago de Chile].

¿Qué pretende el liberalismo moderno? ¿Qué enseña el catolicismo? ¿Están en armonía sus enseñanzas? No, por desgracia. Consideremos los dictados del uno y del otro solamente acerca de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, ya que con ellas se rozan todas las cuestiones y polémicas que de ordinario se agitan entre los sostenedores del liberalismo y del catolicismo.

El liberalismo moderno quiere o que el Estado sea la autoridad suprema que dirija el orden social, ó que el Estado y la Iglesia marchen completamente separados el uno de la otra, sin que haya entre ellos otras relaciones que las ajustadas por un mutuo convenio. Ambas teorías son completamente absurdas.

Pretender que el Estado sea la autoridad suprema que rija el orden social, que sea la fuente de todos los derechos y deberes, y que de este modo le será subordinada la familia, la sociedad, la conciencia, es anteponer el orden inferior al orden superior, lo temporal á lo espiritual, la tierra al cielo. Sustener que en fuerza de la propia naturaleza debe reconocerse la separación completa entre la Iglesia y el Estado, de manera que solo por comun acuerdo de ambos pueda haber ó haya relaciones entre uno y otro, es introducir el dualismo en la sociedad y destruir por su base la armonía que debe existir en ella á virtud de los principios que la constituyen.

Contra el liberalismo moderno la doctrina católica enseña que la Iglesia y el Estado han de permanecer siempre unidos, ejerciendo cada uno en su respectiva esfera su acción independiente y soberana, y que los intereses de la sociedad civil, en cuanto afectan al orden moral, están sujetos á la dirección suprema de la autoridad divina establecida en la tierra para promover el bien espiritual de los hombres. Solo de este modo puede existir armonía en la sociedad.

Demasiado se deja ver ya cuán opuesto al catolicismo es el liberalismo moderno. Más claramente aparecerá esta oposición, si es posible; observando las consecuencias que se desprenden de uno y otro sistema.

Si el Estado es la autoridad suprema que rige la sociedad, la fuente de todos los derechos y deberes, acatados deben ser todas sus leyes y decretos, por más que vejan atrocemente las conciencias y atropellen los sacrosantos derechos de la Iglesia. Si el soberano de una nación manda arrebatar las propiedades eclesiásticas, destierra á las comunidades religiosas, impide á los obispos y sacerdotes predicar la palabra divina ó conferir los sacramentos, &c., so pretexto de que tales mandatos ó prohibiciones son demandados por la conveniencia pública, obedecidas han de ser sus órdenes, y si nó, bien está que á los desobedientes se impongan multas, prisiones ó se les conduzca al cadalso.

Del mismo modo, si tanto el Estado como la Iglesia deben marchar completamente separados el uno de la otra, por más que la coexistencia de dos cabezas supremas y de ordinario opuestas, ha de dar naturalmente origen á la confusión y al desorden, será necesario resignarse á ese estado de cosas. En buena hora, el Estado, como más poderoso y como que dispone de la fuerza, hará la guerra y perseguirá á la Iglesia. A ésta no toca más que inclinarse humildemente la cabeza, sin poder siquiera clamar contra la violencia de que es víctima.

Al contrario, si la Iglesia y el Estado deben marchar siempre unidos, y si la dirección de las conciencias corresponde á la Iglesia, para la cual misión ha sido revestida por su Divino fundador de la angusta dote de la infalibilidad, las enseñanzas que predica y los principios que impone

deben ser respetados por el Estado. Sin duda éste es independiente en el círculo de sus respectivas atribuciones; pero de ninguna manera puede sustraerse á la influencia de la Iglesia ni dejar de obedecer, en lo que á ésta atañe, su autoridad suprema.

Las sencillas consideraciones expuestas, que no tenemos para que desarrollar en este lugar, manifiestan de sobra la radical oposición que existe entre el liberalismo moderno y el catolicismo. Y bien, los llamados católicos liberales pretenden reconciliar á éste con aquel, es decir, á luz con las tinieblas, como ha dicho muy bien el Padre Santo en el Breve á que nos hemos referido. Ya se comprende qué podrá resultar de esta extraña amalgama y bastaría esta reflexión para condenar el catolicismo liberal. Con todo, examinando las razones con que defienden su proceder, nos convenceremos más todavía de cuán fuera de camino van los titulados católicos liberales.

Ellos, teóricamente hablando, reconocen todos los principios católicos relativos al orden social, aun los mas opuestos al liberalismo. No podían hacer otra cosa, sin dejar al mismo tiempo de ser católicos. Pero, cuando se trata de dar aplicación á muchos de esos principios, creen que es necesario hacer abstracción de ellos. Hé aquí una contradicción que no admite excusa de ninguna clase. ¿Por ventura los principios católicos no han sido dados á conocer por Dios para que sirvan de norma á los hombres, tanto en su vida privada como en su vida pública, tanto en el orden individual como en el orden social?

Las circunstancias actuales del mundo, dicen los partidarios del catolicismo liberal, impiden que se dé aplicación á muchos de los principios católicos. Sin duda en todo tiempo y más quizás en el nuestro, la Iglesia encuentra innumerables escollos en el camino, que traban su acción y la impiden realizar todo el bien que deseara. Mas en todo esto manifiesta la gran perversidad humana que opone siempre resistencia á la bondad divina, de ninguna manera autoriza para aconsejar á la Iglesia que haga abstracción de muchos de los principios que constituyen su enseñanza, y limite su acción bienhechora á un círculo más estrecho que aquel que le delineara su Divino Fundador.

Es más útil á la Iglesia, añaden los católicos liberales, romper completamente los lazos que la unen al Estado. Separada la primera del segundo, podría con más libertad y en mayor escala realizar el bien. ¿Pero acaso Dios no ha ordenado de otro modo las cosas? ¿Y si Dios ha querido que la Iglesia esté siempre unida al Estado ¿cómo es posible sostener que de su separación completa pueda resultar mayor bien á la una y al otro? ¿No es una demencia pretender que un sistema escogitado por la inteligencia humana pueda reportar mayores ventajas á la sociedad, que aquel que se funda en la naturaleza misma de las cosas y es prescrito por la voluntad divina?

Recórrase también á la historia para defender al catolicismo liberal, y, á fin de hacer ver la conveniencia de que la Iglesia se separe del Estado, recórranse las tropelías de que fué víctima la Esposa de Jesucristo, cuando los emperadores de Alemania, los monarcas de España, Francia, &c., se decían y eran protectores del catolicismo. Pero para ser justos no basta enumerar las tropelías cometidas en esos tiempos por el poder temporal; es necesario tambien tomar en cuenta los beneficios inmensos que resultaron á la sociedad de la union de los dos poderes. Por otra parte, por el abuso solo no pueden condenarse las cosas; porque si así fuera, nada quedaría en pié sobre la tierra. En fin, ¿no es verdad que no son menos los vejámenes que actualmente arrostra la Iglesia en nombre de una mentida libertad,

que los que la hacia sufrir en otro tiempo el protectorado de los príncipes?

Aunque produzca mayores ventajas sociales la union sincera de la Iglesia y el Estado, agregan los católicos liberales, la condicion actual de la sociedad la hace imposible. No negamos ni podemos negar que una atmósfera pestilencial rodea en nuestros tiempos á los gobiernos, que cada día éstos recelan más de la influencia de la Iglesia, y que, inspirados en ciertas teorías absurdas, dictan leyes inicuas y conceden los mismos derechos y garantías al error que á la verdad. Pero porque no es posible otra condicion mejor ¿debemos apoyar este estado de cosas, como lo hacen los católicos liberales, y entonar himnos á la tolerancia religiosa, á los derechos del error, á la libertad absoluta y á los demás principios del liberalismo moderno? En los tres primeros siglos del cristianismo tambien la Iglesia era perseguida en todas partes por el poder temporal. ¿Porque no era dable entonces á los fieles respirar el aire puro de la libertad ¿habría sentado bien á los apologetas de la religion benderir el puñal del verdugo que confinaba la Iglesia á las catacumbas?

Por lo dicho se ve no solo cuán fútiles son los argumentos con que los católicos liberales defienden su proceder, sino tambien cuán resbaladiza es la pendiente en que se encuentran. A la verdad, de rechazar, sea por estas ó aquellas razones, la aplicación de los principios católicos, á negarlos en teoría, apenas hay un paso. De aquí no es de extrañar que unos bayan zarpado esa ligera barrera que aún los detenía, y que otros con su conducta hagan mucho mal á la Iglesia.

Tristes y muy tristes frutos del catolicismo liberal son esa desconfianza que se nota en muchos fieles para con sus respectivos prelados y para con la catedral apostólica, esa falta de sumisión á las enseñanzas de la Iglesia, ese desprecio con que se miran muchas de sus prescripciones, ese desprecio, en fin, con que se combate la energía de los celosos guardianes del santuario. Mas peligrosos son, dice muy bien el Padre Santo, los católicos liberales que los mismos enemigos de la Iglesia. Estos, al fin, son conocidos de todos y solo se dejarán prender en sus redes los que voluntariamente quieren caer en ellas. Pero aquellos, aparentando profesar la sana doctrina, pueden llevar muchos incautos al precipicio.

Por otra parte, si esos malos católicos no son los autores de las leyes y decretos inicuos que se dan contra la Iglesia, de las persecuciones mismas que ésta tiene que arrostrar, muchas veces las preparan y fomentan. En efecto, si con energía supieran rechazar las pretensiones de los déspotas, seguramente éstos tendrían que cejar en su conducta. Pero queriendo conciliarlo todo, tratando de evitar las reclamaciones energicas, dando un valor que no tienen á las exigencias y á la decantada tolerancia del siglo, se hacen cómplices de perniciosos atentados.

Convenzámonos, no se puede ser al mismo tiempo católico y liberal en el sentido que esta palabra tiene actualmente; porque tampoco se puede servir á dos señores. O adoramos á Dios, ó rendimos culto á Babel. Como manifestáramos al principio, el catolicismo es completamente opuesto al liberalismo moderno. Luego no es posible hacer á la vez profesion de las enseñanzas del uno y del otro.

Lo expuesto, sin embargo, no quiere decir que la doctrina católica sea enemiga de la verdadera libertad. Muy al contrario, el reconocimiento de todos los derechos de la Iglesia, que enseña y manda profesar el catolicismo, es la mejor salvaguardia de todas las libertades así públicas como privadas. A la inversa, el liberalismo moderno, invistiendo al Estado de atribuciones que no tiene, no puede menos de entronizar el despotismo y el reinado de la fuerza.

— VET PEREITO

No. 213, pag. 973, 974, agosto 23 de 1873

Tanto extraño tu dulce compañía,
Que hasta llevo á desear en mi locura
Que no gozaras, madre, todavía
Del alto cielo la sin par ventura;

Que áun no ciera tu gloriosa frente
Del justo premio la inmortal corona:
Ah! vé piadosa mi dolor demente
Y al egoísmo de mi amor perdona.

Mas otras veces mi dolor reprendo,
Y ya no anhela el alma arrepentida
Que estuvieras conmigo padeciendo
Las penas y congojas de la vida;

Que esta de males sucesion eterna
Mantuviera una llaga siempre viva
En quien el alma tan amante y tierna
Era una delicada sensitiva.

La vida á un alma de ternura llena

Nuestras sabrosas pláticas á solas
En la secreta paz de tus hogares?

Y de París por los falaces bienes
Y sus vanas curiosas maravillas,
Deje el placer de reclinar mis sienes
En tu amoroso seno ó tus rodillas?

¿Qué valen las bellezas que sin cuento
Puede en Italia atesorar el Arte
Ante la dicha de escuchar tu acento
Y el continuo placer de contemplarte?

Si presentido hubiera tu hijo amante
Tu tan próximo fin, oh madre mia,
Ni un dia, ni una hora, ni un instante
Léjos de ti desperdiciado habria.

¿Cuál fuera entonces mi filial agrado,
De ti pendiente y á tus plantas puesto!

Oh dulce madre, tu menor deseo,
El mas leve y fugaz de tus antojos.

¡Ay estéril pesar! ¡anhelos vanos!
Ya mis cuidados no podré ofrecerte,
Pues para siempre con sus crudas manos
Nos apartó, nos apartó la muerte!

Ah! no, que aun vives en el alto cielo
A donde un dia me uniré contigo,
Y desde allí de mí profundo duelo
Y de mi eterno llanto eres testigo.

Desde esa Sion cuya gloriosa entrada
Debiste á tus benéficas virtudes
Y que te abrió la Trinidad sagrada
Al son triunfal de angelicos laudes,

Haz, madre, que mi pecho se alimente
Con el recuerdo de virtudes tantas,
Y que el alma medite eternamente

1321

P. 774. ¡Oh! Si todos los católicos dejaran de acaniciar esas teorías absurdas que se oponen tanto a su religión como a su verdadera libertad, los atentados e las disputas, las persecuciones no serían tan terribles. Unidos formarían una masa compacta, un escuadrón invencible contra el cual irían a estrellarse la iniquidad y la violencia que ahora vemos triunfantes en todas partes.